

Superficie de contacto
Texto de sala

El interés de Alejandro Sintura, en las obras de *Superficie de contacto*, no es el de representar con exactitud una cancha de tennis. Hay algo que puede ser más interesante y aún poético: las insinúa.

El problema pictórico que le interesa resolver se encuentra en la superficie y es través de la representación del terreno, de su textura, de las marcas y del color y sus matices, que construye una imagen, no real sino sugestiva.

Esta inquietud está resuelta de forma tan sensible que logra susurrarnos los eventos que acontecen sobre ella: las pisadas, los cambios de velocidad al correr, el resbalarse. Se cuentan sucesos que toman forma gracias a los rastros, nos encontramos frente a narraciones que se desenvuelven a través de los indicios que han dejado.

El sonido de la bola contra la raqueta, del rozar milimétrico sobre la red, el ritmo doble y triple de un punto... Sintura convierte estos sonidos en silencios y huellas, los hace visibles y los traslada al lienzo. Sus canchas de tennis son reconocibles porque encierran en ellas todos estos acontecimientos.

Ahora, una obra con estas características nace exclusivamente de una cualidad particular que se hace evidente en la propuesta de Sintura. Su capacidad de navegar el mundo identificando en situaciones cotidianas, lugares y objetos que planteen un problema pictórico lo suficientemente enigmático y retador como para ser trasladado y estudiado en el taller.

Esta capacidad se convierte en una necesidad para resolver el problema, examinarlo y experimentar a través de la pintura las posibilidades de su representación. Las pinturas que hacen parte de *Superficie de contacto* se originan a partir de la observación y la indagación precisa.

El resultado de esta investigación tan propia – tan íntima y detallada – recrea la *idea* esencial de cancha, una cancha de tennis platónica. Al mismo tiempo, la hace absolutamente inmediata y reconocible por lo que nos resulta cercana y tangible.

Alejandra La Rotta

Superficie de contacto

Alejandro Sintura

Por Luciana Rizo

El tenis, como lo describió David Foster Wallace, implica una belleza inigualable por la posibilidad de reconciliar a los seres humanos con el hecho de tener un cuerpo. El movimiento de los jugadores sobre la cancha, la velocidad de sus pies al correr, los saltos cortos, el movimiento de los brazos que se combina con la rotación del torso y las pausas entre los golpes hacen de este juego una danza. En la práctica no es fácil lograr una armonía entre el momento del impacto a la pelota, que se intenta dirigir a una zona de la cancha que afecte al contrincante, y la pronta recuperación para dar el siguiente golpe. Sin embargo, es indiscutible la fluidez y el encanto del revés a una mano de Roger Federer, la velocidad del saque de John Isner, la colocación de un *drop-shot* de Carlos Alcaraz y la gracia en cada ejecución de Stefan Edberg.

Las pinturas que conforman esta exposición logran vincular esa actividad corporal en la pista con el trazo del pintor. Desde la preparación de la tela, comenzando con la tensión y varias capas de gesso y pintura diluida, se anticipa una relación con la construcción de la cancha de arcilla, que comprende una base de piedras, carbón y ladrillo molidos. Así, esta condición material permite que se deje un rastro en la superficie, a diferencia de la grama natural o el cemento.

Cuando se está en la cancha de tenis se logra reconocer la longitud de la pista, el alto de la malla, la velocidad de la pelota y las dimensiones del espacio. Alejandro, como jugador y pintor, ve las pisadas que dejan rastros sobre el polvo de ladrillo y las convierte en manchas sobre el lienzo. A su vez, los recuerdos de la inclinación para alcanzar una pelota, la rapidez de un deslizamiento e incluso el vestigio de un jugador abatido que arrastra su raqueta, se transforman en pinceladas. Lo anterior se entrevé en contrastes de colores que posibilitan imaginar lo que pudo haber pasado en el juego.

Por su parte, el color se maneja con una sutileza particular, creando una superficie casi palpable que se asemeja a la cancha vista desde distintas perspectivas o momentos del día. En algunos casos, el naranja se torna vibrante cuando se humedece la arcilla y las zonas donde transitó el jugador se iluminan por sus pisadas. Las líneas blancas resaltan sobre el fondo monocromático que se construye por capas de color en las que la intuición del pintor analiza la imagen y sus posibilidades tonales.

Superficie de contacto es un ejercicio que proviene de la memoria, ya que, al habitar y recordar las canchas de tenis se configura una escena desde su ausencia. Las huellas, al igual que los trazos, se borran en la superficie estableciendo una similitud con un palimpsesto y vinculando al espectador

con lo efímero. De este modo, el campo de juego se entiende como un documento que hospeda las experiencias físicas y simbólicas de los jugadores que, posteriormente, el pintor traslada en su propia danza sobre lienzo.